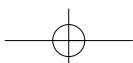
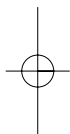
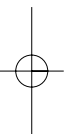
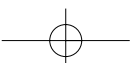
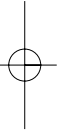
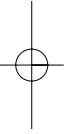




PRIMERA PARTE





1

No se me va de la cabeza la imagen de esa curiosa estampa de mugrienta elegancia. Pero cuando regreso y busco al violinista en Pershing Square no hay ni rastro de él. Con su desaparición el misterio se vuelve aún más atrayente.

¿Quién era? ¿Adónde ha ido? ¿Qué historia arrastra?

Al cabo de tres semanas reaparece en el mismo lugar. Antes de acercarme lo observo un rato desde el otro lado de la calle. Su interpretación es un tanto irregular y vacilante; aun así, al igual que la otra vez, resulta evidente que no se trata de un principiante. Se nota que en algún momento ha recibido una buena formación. Da la impresión de que no toca por dinero, lo cual no deja de ser chocante en un indigente. Toca como si fuera un estudiante y estuviera practicando, ajeno a los que le rodean.

Extraño lugar para practicar. Tiembla el suelo al paso de los autobuses y apenas se oyen las cuerdas entre esa orquesta de bocinas, camiones y sirenas. Contemplo los remates de los edificios, adornados con gárgolas y grandiosas cornisas. Hombres y mujeres van de un sitio a otro, absortos en sus quehaceres, y la mayoría desaparece al doblar la esquina o al entrar en los portales, sin prestarle atención. El violinista solitario sigue tocando. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, se deja llevar. Es la viva imagen del éxtasis atormentado.

Cuando hace una pausa me acerco.

—Hola —saludo. Da un respingo, sorprendido como la otra vez—. ¿Se acuerda de mí? —le pregunto.

STEVE LOPEZ

—Me acuerdo de su voz.

Aún desconfía de mí; da la sensación de que desconfía de todo lo que le rodea. Me cuenta que está tratando de recordar una pieza de Chaikovski que hace tiempo se sabía muy bien, pero que en ese momento le resulta tan escurridiza como el significado de un sueño. Es obvio que, en cierta manera, está preocupado, al igual que tantos otros que deambulan por las calles como si habitaran un planeta diferente al de los demás, escondiendo bajo varias capas de ropa algún secreto para que no se descubra. Viste un jersey andrajoso de color azul con una camiseta marrón clara por encima; el cuello de una camisa sobresale por la parte superior. Alrededor del cuello, como una bufanda, lleva una toalla amarilla. Los pantalones, tres tallas más que la suya, le cuelgan por la cadera, y a sus sucias zapatillas blancas le faltan los cordones.

Me cuenta que se llama Nathaniel Anthony Ayers y que es de Cleveland. Quiere seguir practicando para ponerse de nuevo en forma, vuelve a repetir, y le digo que podría escribir una columna sobre él para *Los Angeles Times*.

—¿En serio? —pregunta—. ¿De verdad quiere escribir una columna sobre mí?

—¿Por qué no?

Es un tipo guapo, delgado y parece en buenas condiciones físicas, con una mandíbula pronunciada y unos dientes blancos y limpios. Me recuerda un poco a Miles Davis. Le pregunto dónde vive y responde que en la Misión Medianoche, uno de los mayores centros de acogida del cercano barrio de Skid Row. No dentro, especifica, sino en la calle, aunque se ducha y come alguna vez allí.

—¿Y por qué no duerme allí?

—Ah, no —contesta—. No me gustaría.

Me pregunto si un hombre que trata de volver a sintonizar con Chaikovski puede estar a salvo en un lugar en el que traficantes, prostitutas y timadores trabajan en la calle. Skid Row es un vertedero al que van a parar los ex pre-

EL SOLISTA

sidiarios de la cárcel del condado; un lugar en el que las sirenas no paran nunca de sonar.

—A lo mejor me acerco un día a visitarle a la misión —le digo.

Asiente, pero me doy cuenta de que no confía en mí. Se coloca el violín bajo la barbilla, impaciente por volver a su música, y sé que, si esto llega a salir bien, llevará su tiempo. Tendré que venir a verle de vez en cuando, hasta que se sienta lo suficientemente cómodo para confiar en mí. Tal vez podría acompañarle un día en su recorrido o algo así, y ver si alguien puede ayudarme a completar los detalles de su vida o aclarar sus circunstancias. Cuando empieza a tocar de nuevo le digo adiós con la mano y responde con una mirada recelosa más o menos en mi dirección.

Al cabo de dos semanas voy en su busca una vez más y ha vuelto a desaparecer. Doy un paseo hasta la misión por las calles Cuarta y Los Ángeles, donde veo montones de vagabundos, algunos devastados por las drogas, otros despotricando como locos, otros tirados en la acera tan quietos que no es fácil distinguir si están echando la siesta o esperando a que se los lleven al depósito de cadáveres.

Pregunto a Orlando Ward, el encargado de atender al público en Medianoche. Me dice que ha visto por allí al violinista, pero que no sabe nada de su vida. Y que no se ha pasado por la misión últimamente.

Me preocupa haberme quedado sin columna.

Transcurren las semanas y me distraigo con otras cosas, volcando todo lo que encuentro en la página en blanco. Entonces, un día, mientras conduzco hacia el trabajo desde mi casa, en Silver Lake, un barrio a casi ocho kilómetros al noroeste del centro de la ciudad, atajo por el túnel de la calle Segunda y ahí está él, ofreciendo un concierto de un solo instrumento en un lugar aún más ruidoso que el de la última vez.

En esta ocasión sí que se acuerda de mí.

—¿Dónde ha estado? —le pregunto.

STEVE LOPEZ

Me contesta que por ahí, de un lado a otro. En ningún sitio en especial.

Pasa un coche a toda velocidad y la mente se le dispara.

—Coche azul, coche verde, coche blanco —suelta—. Ahí va un coche de policía, y Dios está al otro lado de ese muro. —Muevo la cabeza, sin saber qué decir. Puede que el tipo sea un poco más inaccesible de lo que imaginaba. ¿Tomo notas para una columna o hago unas cuantas llamadas para ver si puede venir alguien a ayudarlo?—. Por ahí va Jacqueline du Pré —añade Nathaniel, señalando a una mujer que está a una manzana de distancia—. Es realmente extraordinaria. —Le digo que dudo que se trate de la violonchelista, pues murió en 1987. Nathaniel objeta que él no está tan seguro—. Ignoro cómo trabaja Dios —opina sinceramente, con una expresión que indica que todo es posible. Garabateo eso en mi libreta, y anoto también lo que ha escrito con rotulador en su carrito de la compra: PEQUEÑO AUDITORIO WALT DISNEY-BEETHOVEN. Le pregunto si se ha cambiado a ese lugar para estar más cerca de la sala de conciertos y me contesta que no, que ni siquiera está seguro de dónde se encuentra el Disney Hall exactamente—. ¿Está cerca de aquí?

—Justo en lo alto de la colina. El enorme edificio plateado que parece una goleta.

—¡Ah! ¿Es ése? —Dice que se ha venido a este lugar porque podía ver el edificio de *Los Angeles Times* a dos manzanas de distancia—. ¿No trabaja usted ahí? —inquire.

Después de haber vivido en Cleveland, Nueva York y Los Ángeles, me cuenta Nathaniel, resulta tranquilizador alzar la mirada hacia el edificio de *L. A. Times* y saber dónde se encuentra uno.

Toca durante un rato; después charlamos, una experiencia que es como caer de repente en un sueño. Nathaniel hace acrobacias absurdas entre temas inconexos. Dios, los Cleveland Browns, los misterios de viajar en avión y la grandeza de Beethoven. Siempre acaba volviendo a la música. Parece que el propósito de su vida es ordenar las notas dispersas que tiene en la cabeza.

EL SOLISTA

Por primera vez me fijo en que al violín, cubierto de mugre y de una sustancia blanca y terrosa que parece un hongo, le falta alguna que otra pieza importante.

—Su violín sólo tiene dos cuerdas —observo—. Le faltan otras dos.

—Ya —dice. Es consciente de ello—. Lo único que quiero hacer es tocar, y el problema al que me enfrento está aquí precisamente. Ésta ya no existe —afirma de la desaparecida cuerda de arriba—, esa otra tampoco, y esta pequeña está casi fuera de servicio.

Su propósito en la vida, me cuenta, consiste en idear cómo reponer las cuerdas. No obstante, se acostumbró a tocar instrumentos defectuosos en las clases de música de las escuelas públicas de Cleveland, y se pueden hacer muchas cosas, me asegura, con sólo dos cuerdas.

Mientras hablo con él veo que alguien ha garabateado varios nombres en la acera en la que nos encontramos. Nathaniel confiesa que lo ha hecho él con una piedra. En la lista figuran Babe Ruth, Susan, Nancy, Kevin y Craig.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Ah, esas personas —responde—. Eran mis compañeros en Juilliard.

2

Vuelvo casi corriendo a la sede de *Los Angeles Times*, un edificio histórico del centro de la ciudad que está situado en la mejor parte de una manzana en diagonal con el Ayuntamiento. Desde hace casi cuatro años es mi oficina, el lugar donde he parido cientos de columnas para la sección de California. En treinta años de carrera, incluido un periodo de cuatro años en *Time Magazine*, éste es el séptimo periódico en el que trabajo. Para ser sincero, aunque no hace tanto que cumplí los cincuenta, hay días en que me pregunto cuántos años me quedarán. No es cuestión de ganas. El problema radica en si los periódicos seguirán siendo relevantes en una época en la que los lectores prefieren informarse a través de internet y nuestro núcleo más sólido de suscriptores disminuye lentamente, con reducciones de plantilla al mismo ritmo.

El antídoto para tales temores y disgustos es, desde luego, una buena historia. Cuando vas detrás de algo te sube la adrenalina, los minutos parecen segundos, y en ese estado de determinación te conviertes a todas luces en un zombi, ajeno a todo lo que te rodea e incapaz de hacer otra cosa que no sea revisar tu artículo. Cruzo sin aliento la puerta trasera del edificio de piedra gris del *Times*, pensando todo el tiempo en que la Juilliard de Manhattan es una de las escuelas de música más exclusivas del mundo, y si realmente Nathaniel ha estudiado ahí, con un poco de trabajo de campo tendré una buena columna. Aunque he escrito miles a lo largo de mi carrera, y también he redactado noticias de última hora en el *Philadelphia Inquirer*, el

EL SOLISTA

Oakland Tribune y el *San Jose Mercury News*, aún me lanzaba sobre cada columna como un crío a la búsqueda de un huevo de Pascua, como si dudara de volver a encontrar otra.

Uno de los placeres más grandes de mi trabajo consiste en la oportunidad de poner a prueba a los funcionarios. También me encanta revelar las vanidades de los ricos y famosos y flagelar públicamente a los empresarios corruptos y a los bufones prepotentes que no se merecen otra cosa; pero no hay satisfacción comparable al descubrimiento de la historia que tienes delante, tan evidente que casi resulta invisible. Un vagabundo con un violín que vive en la calle con un carrito de la compra y venera una estatua de Beethoven resulta que fue alumno de Juilliard. Ese encuentro casual me había confirmado una regla de oro del periodismo: todo el mundo tiene una historia, así que sal a la calle y habla con la gente. Nunca se sabe lo que puedes encontrar.

Mi mesa de trabajo está en la tercera planta de la redacción del periódico. Los gacetilleros graciosillos llaman a esa zona Baja Metro porque está al sur del tramo principal del metro. El saludo típico entre compañeros es un gruñido o un hola, no mucho más, y yo suelto alguno antes de dejarme caer en la silla y arrojar mi libreta sobre el montón de trastos que me rodea. Entro en Google y tecleo Juilliard, pero no ofrece ninguna lista de alumnos en su página web. Llamo al número de teléfono, dejo un mensaje para alguien de publicidad y pregunto lo mismo por correo electrónico. Es tarde en Nueva York y en la escuela JULLIARD nadie parece dispuesto a dejarlo todo para ponerse a investigar mi asunto. Vuelvo a intentarlo por teléfono y finalmente me contestan, pero no es la respuesta que estoy buscando.

Lamentablemente no hay ningún expediente de ningún estudiante llamado Nathaniel Anthony Ayers.

Maldita sea. Eso era un buen gancho. Si el pobre tiene delirios, está más enfermo de lo que pensaba. ¿Se trata de

STEVE LOPEZ

demencia? ¿Trastorno bipolar? No soy médico, pero me considero capaz de diagnosticar el ligero pavor que me invade y los nervios que me atenazan el estómago. Son los síntomas de un columnista sin columna. Por suerte, hoy no me toca escribir, y digo yo que algo saldrá para la siguiente entrega. Como siempre.

Alcanzo el cuaderno de notas que suelo tener en la mesa. Ahí es donde emborrono hojas con ideas para las columnas; pero la lista está ya muy trillada, no hay nada que destaque. A lo mejor es porque no puedo quitarme a Nathaniel de la cabeza. Tengo buen ojo para la gente, una habilidad que he adquirido después de miles de lecturas, y él parece un tipo decente, carismático y admirable a su manera, subiéndose todos los días al escenario de su Pequeño Auditorio Walt Disney. Tanto si había estudiado en Juilliard como si no, seguía intrigándome, y el hecho de que hubiera dejado la estatua de Beethoven para trasladarse al túnel me resultaba extraño. Con los pocos peatones que transitan por ahí, no sacaré mucho dinero y nunca podrá comprar las dos cuerdas que le faltan.

Un momento.

¿Se habrá trasladado al túnel para estar más cerca de mí?

Justo al día siguiente me llaman de Juilliard para decirme que ha habido un error. Resulta que sí, que por la academia pasó un estudiante llamado Nathaniel Anthony Ayers. No tienen más información, ni siquiera de los años en que estuvo matriculado. Pero consta como alumno.

Cuelgo el teléfono y me pongo en pie, buscando a alguien a quien contárselo. El tipo fue a la escuela Juilliard, le suelto al reportero que tengo más cerca, Jim Rainey. Conocí a ese individuo tocando una birria de violín lleno de manchas y garabatos, me cuenta que estudió en Juilliard y resulta que es cierto. ¿No es increíble? Está ahí mismo, escribiendo con tiza en la acera los nombres de sus compañeros de clase.

—Parece que tiene posibilidades —opina Rainey.

EL SOLISTA

Me digo que la historia es demasiado buena para precipitarme, por lo que en las siguientes dos semanas entrego unas columnas más sencillas mientras escarbo en la vida de Nathaniel. Después de reunirnos unas cuantas veces más ya no salta hacia atrás cuando me acerco. Cada vez que nos vemos es un poco más afable en el trato.

—Hombre, señor Lopez —me saluda—. ¿Qué tal está hoy?

Pronto me doy cuenta de que hay una regla no negociable con Nathaniel. Mientras está tocando es un artista en plena faena y no le agrada que le interrumpan, error que siempre provoca en él una mirada de desdén. A veces, mientras espero a que se tome un descanso, me dedico a examinar los objetos que atestan su carrito de la compra. Es una auténtica obra de arte y de ingeniería inteligente, con una asombrosa cantidad de artículos dispuestos meticulosamente. Mantas, un saco de dormir, ropa, dos palos de casi dos metros de largo, una lona azul, una pistola de agua del tamaño de un cañón pequeño, un tapacubos, una bota negra. Por fuera del carrito cuelgan varios cubos de más de quince litros como si fueran alforjas, y encima del montón lleva atadas unas flores artificiales para dar una impresión hogareña. En la funda abierta de su violín, que Nathaniel coloca en lo alto del carrito mientras toca, veo una bolsa de papel vacía con el nombre de Studio City Music estampado en ella.

—¿Un hombre negro? —pregunta Hans Benning, el propietario de Studio City Music, cuando llamo—. Tenemos a alguien que toca un violín verdaderamente hecho polvo. Viene por aquí de vez en cuando. Es atento, amable y muy educado. Da gusto... Habla de las sonatas de Beethoven y luego se sumerge en otro mundo.

—Exacto. Ése es mi hombre.

Sea lo que sea lo que Nathaniel está tocando en el cruce de la calle Segunda con Hill, unas veces suena de maravilla, y otras, fatal. Claro, le faltan dos cuerdas. Aunque tengo buen oído, no soy músico, y no llegué muy lejos tras

STEVE LOPEZ

varios años de lecciones de guitarra hace ya mucho tiempo. Ojalá supiera algo de música clásica para poder juzgar mejor el trabajo de Nathaniel. La música que me gusta, y de la que entiendo un poco, es el jazz. De manera que sólo puedo asentir mudo, pero con admiración, cuando contesta a una de mis preguntas.

—Ésa fue una idea que saqué de Ernest Bloch —me cuenta—. B-L-O-C-H. El compositor de origen suizo que fue director del Instituto de Música de Cleveland. —Cuando le digo cuánto me admira que haya estudiado en Juilliard, Nathaniel es todo modestia—: Estuve allí unos años. —Pero sólo un pequeñísimo porcentaje de los mejores violinistas del mundo pueden entrar en esa escuela, le respondo, así que él debía de ser un gran talento—. Yo no tocaba el violín —puntualiza—, sino el contrabajo.

—Entonces ¿dónde ha aprendido a tocar el violín?

—Soy incapaz de tocar el violín —afirma—. Estoy intentando aprender por mi cuenta, pero es difícil trasladar al violín la música para contrabajo. Me ayudaría tener alguna partitura, pero no sé cómo conseguirlas.

Me cuenta que después de dejar Juilliard probó durante un tiempo con el violonchelo y que le encantaba, pero era más fácil cargar el violín en un carrito de la compra. Y no hay forma de tocar un enorme contrabajo vertical, añade, si vives en la calle. Pero aún tiene a Saint-Saëns, Mozart, Brahms, Dvořák, Haydn y Beethoven en la cabeza, y hace todo lo posible por interpretar sus obras con el violín de dos cuerdas que asegura haber comprado en la Motter's Music House de Cleveland hace muchos años.

Llamo a Motter's y Ron Guzzo, uno de los encargados, recuerda la adquisición. El violín fue uno de los muchos instrumentos que Nathaniel compró en su establecimiento a lo largo de casi veinte años, me informa. Volvía a comprar de nuevo cada vez que le robaban en las calles de Cleveland. Nathaniel se buscaba trabajo quitando nieve o en

EL SOLISTA

Wendy's, hasta que ahorraba lo suficiente para comprarse otro instrumento.

—Según tengo entendido, estando en Juilliard cayó enfermo y regresó a casa —cuenta Guzzo de Nathaniel, a quien él llamaba Anthony (su segundo nombre) o Tony. El personal de Motter's se admiraba de la facilidad con que pasaba de un instrumento a otro—. A veces, cuando hacía buen tiempo, se sentaba en nuestro aparcamiento a tocar el violonchelo y nosotros nos preguntábamos de dónde demonios venía la música. Era Tony.

No sé cómo sacar el tema de su enfermedad mientras estuvo en Juilliard; ni siquiera sé si debería. ¿Es demasiado personal? ¿Se molestará? ¿Puedo fiarme de la respuesta de un hombre que tiene problemas mentales? Sin embargo, necesito averiguar más cosas para mi columna, así que le pregunto si es verdad que dejó la academia antes de terminar los estudios.

—Sí, salí mal de allí.

—¿Qué sucedió?

—Ya ni me acuerdo, hace ya tanto tiempo...

Le pregunto si tiene algún familiar a quien poder dirigirme y Nathaniel recita de memoria el número de teléfono de su tío Howard y su tía Willa, de Cleveland. Ellos me remiten a la hermana pequeña de Nathaniel, Jennifer, que trabaja de asistente social en Atlanta, y percibo cierto alivio en su voz cuando le digo que conozco a su hermano.

—¿Está bien? —inquire con voz temblorosa, y me dice que hace años que no sabe nada de él.



En el segundo semestre de 1972, su tercer año en Juilliard, Nathaniel llevaba ya varios meses confuso, angustiado y con alucinaciones. Una noche, estando en el apartamento de un compañero de clase y su novia en el Upper East Side, le dio por quitarse la ropa sin motivo aparente. Los anfitriones, asustados por tan insólito comportamiento, no

S T E V E L O P E Z

podieron disuadirle. Nathaniel no estaba enfadado ni se mostraba agresivo, sino que parecía encontrarse bajo el influjo de un extraño hechizo, y cuanto más ausente le veían, más se preocupaban sus alarmados amigos. No sabían qué hacer y resolvieron llamar a la policía, y a Nathaniel, de veintiún años, lo ingresaron en la sala de urgencias psiquiátricas del Hospital de Bellevue. Le diagnosticaron esquizofrenia paranoide y la vida que había llevado hasta ese momento se terminó para siempre, y también sus esperanzas de una carrera musical.

Jennifer contempló con impotencia cómo su hermano mayor, el artista inteligente y afable, iba a la deriva durante los años de tratamiento en Cleveland, con fuerte medicación, terapia psicológica y electrochoque, sin que nada le sirviera de ayuda a largo plazo. Él, que había sido tan cuidadoso a la hora de vestir, se convirtió en un lunático desaliñado que vagabundeaba por las calles con instrumentos musicales, dormía en los bosques y grababa nombres en los árboles. Se mostraba incoherente, irascible y propenso a tener arrebatos violentos que a su madre le rompían el corazón una y otra vez. Floria, atareada en dirigir un salón de belleza, cocinaba y limpiaba para él, lo bañaba con amor y no dejaba de darle otra oportunidad, aunque Nathaniel siguiera destrozando muebles, rompiendo lámparas y manchando las paredes con dibujos absurdos. Sin embargo, a pesar de los insultos, adoraba a su madre y se encontró completamente perdido cuando ella murió en el año 2000 tras una larga enfermedad.

Así pues, se dirigió al oeste en busca del padre que había abandonado a la familia cuando Nathaniel tenía nueve o diez años. Pero llevaban tantos años sin verse que éste ignoraba que su padre, antiguo conductor de camiones de la basura en Los Ángeles, acababa de instalarse en un complejo residencial para jubilados en Las Vegas. Nathaniel se quedó un breve lapso de tiempo en el garaje de la hijastra de su padre, que había vuelto a casarse, y luego decidió irse solo al centro de Los Ángeles. Llevaba varios años vagabundeando

EL SOLISTA

por las calles cuando, el día aquel en Pershing Square, nuestros caminos se cruzaron por primera vez.



Un reactor sobrevuela el centro de Los Ángeles, realizando un gran giro antes de dar la vuelta para descender al aeropuerto internacional. Nathaniel levanta una mirada infantil y se vuelve hacia mí, con una ceja arqueada, y me pregunta si estoy pilotando el avión.

Es un momento escalofriante que ilustra la ilusión en la que vive. Medito si debería responder, pero no lo hago. Pienso si debería estar asustado, mas no lo estoy. Siento demasiada curiosidad para asustarme, y me gustaría saber cómo un chico negro que crece en los años sesenta —cuando el movimiento por los derechos civiles y la guerra de Vietnam dividían el país y ardían ciudades como Cleveland— termina, contra todo pronóstico, en el programa de música clásica de Juilliard. ¿Era un niño prodigio? ¿Fueron sus padres músicos o aficionados que inundaron la casa con los sonidos de Beethoven y Ernest Bloch, B-L-O-C-H? De no haber sido por la crisis nerviosa, ¿estaría Nathaniel vestido de esmoquin en la cima de la colina tocando con la Filarmónica de Los Ángeles, en lugar de encontrarse aquí abajo haciendo chirriar el violín en su Pequeño Auditorio Walt Disney?

No puedo sino pensar en el sufrimiento de su familia, y me pregunto si se manifestó antes algún síntoma de que algo no marchaba bien. ¿O la locura surge de repente en cualquier persona al azar y sin previo aviso? Quizá no sea adecuado pretender sonsacárselo. Después de todo, ¿quién soy yo para apropiarme de su historia personal?

Alguien con plazos de entrega, me digo. Alguien que reconoce una buena historia en cuanto la ve. Alguien que imagina a un lector leyendo detenidamente el relato de las frustradas aspiraciones de Nathaniel y apostillando: «No se puede decir de esta agua no beberé».

S T E V E L O P E Z

Bueno, me cuenta Nathaniel, estaba Joseph Russo. Era un buen amigo. Y Joseph Bongiorno, otro contrabajista de Juilliard. B-O-N-G-I-O-R-N-O. Le pregunto si sabe si ellos u otros compañeros continuaron con la música.

Perdió el contacto y no sabe qué fue de ninguno de ellos, dice. Pero a un chaval que se llamaba Yo-Yo Ma le ha ido bastante bien.

—¿Conociste a Yo-Yo Ma?

En realidad no, contesta Nathaniel. El violonchelista estaba en otro nivel entonces.

—Tocábamos en la misma orquesta —asevera—. Yo admiraba mucho a ese joven. —Añade que su profesor de contrabajo era Homer M-E-N-S-C-H, que, a sus noventa años, seguía enseñando en Juilliard.

Tenía talento, de eso no cabía duda —asegura Mensch hablando de Nathaniel, y pregunta cómo le van las cosas al muchacho de Cleveland. Le digo que Nathaniel vive en Skid Row y toca un violín al que le faltan dos cuerdas, y se hace el silencio.

—Dele recuerdos de mi parte —me pide Mensch—. Me encantaría tener noticias de él.



Si deseo hablar con el hombre que mejor le conoce, me dice Nathaniel, debería llamar a Harry Barnoff. De Cleveland. B-A-R-N-O-F-F.

—Intentaré conseguir su teléfono —le respondo.

Con el dedo índice escribe un número de diez dígitos en su pizarra imaginaria.

—¿Le llama a menudo? —pregunto.

—Hace años que no hablo con él.

Marco el número desde mi oficina y contesta una mujer.

—¿Vive ahí Harry Barnoff?

—Sí —responde ella—. Yo soy su hija.

Harry Barnoff se ha jubilado hace poco, después de tocar el contrabajo en la Orquesta de Cleveland durante cua-

EL SOLISTA

renta y seis años. Cuando Nathaniel era adolescente le mandaron con él, y Barnoff fue su profesor y amigo durante mucho tiempo. Cuando le cuento la situación en la que se encuentra Nathaniel, Barnoff se aflige tanto que se pone a llorar.

—Por favor —ruega el músico, aliviado al saber que Nathaniel está vivo, aunque no del todo bien—, tiene que decirle que pienso mucho en él y que aún me acuerdo de lo buen músico que era.

No siempre era el mejor estudiante, recuerda Barnoff, que enseñó a Nathaniel en la Escuela de Música de Cleveland, una institución sin ánimo de lucro del Círculo Universitario de Cleveland. No hacía los deberes y le costaba concentrarse, según Barnoff, que se pregunta si no habrá sido perjudicial para Nathaniel tener tanto talento. Barnoff nunca había visto a ningún estudiante pasarse meses sin practicar, como hacía Nathaniel a veces, y después coger un instrumento y arrancarle un sonido tan bueno.

—Realmente tienes algo —le alabó a Nathaniel en una ocasión, suplicándole que respetara y cultivara ese don.

Fue esa combinación de elogio y fe lo que atrajo la atención de Nathaniel. Antes de cumplir los veinte expuso con arrogancia y admiración a partes iguales que quería ser como el señor Barnoff y tocar en una gran orquesta. Barnoff se mostraba reacio a exponerle a la decepción.

—Sin duda tienes talento —aseguró a Nathaniel—, pero hace falta algo más. Tu vida ha de ser la música. Tienes que practicar, practicar y practicar. —En su caso, le dijo Barnoff a Nathaniel, se había esforzado muchísimo por entrar en una exclusiva escuela de Nueva York llamada Juilliard.

—Yo también quiero ir a Juilliard —declaró Nathaniel a Barnoff.

Barnoff recuerda que mientras Cleveland saltaba por los aires, con la policía antidisturbios llevándose a rastras a los manifestantes, incendios y coches volcados por todas partes, Nathaniel se pasaba el día metido en su burbuja de la Escuela de Música. Algo le hizo cambiar. Había madu-

STEVE LOPEZ

rado y se le veía menos inquieto, y después de terminar el bachillerato consiguió una beca para la Escuela de Música de la Universidad de Ohio. Barnoff se alegró por su protegido; Nathaniel, en cambio, aspiraba a más. A mitad de su primer año en la Universidad de Ohio se presentó en Juilliard para hacer una prueba.

—Poco después me enteré —concluye Barnoff con la voz entrecortada— de que había conseguido una beca.



Le llevo dos cuerdas nuevas que he comprado en Studio City Music y Nathaniel las estrena con Mendelssohn, Brahms y Beethoven.

—No sé cómo darle las gracias —dice—. Es como un sueño; veo a la gente sonreír. Brilla el sol todo el día y las noches son frescas y tranquilas.

Miro pacientemente cómo encuerda el violín y parlotea sin parar, entusiasmado con la idea de tocar un instrumento en condiciones. En lo alto de la colina, el Disney Hall es un barco enorme con velas de mercurio, una centelleante alucinación en el horizonte. Abajo, los coches cruzan a toda velocidad el túnel de la calle Segunda, retumban los camiones, resuenan las sirenas, y Nathaniel se sumerge en la locura. Ha cerrado los ojos, aislado en su mundo, donde hay orden, lógica, cordura y un dulce alivio. Al menos durante un rato.